

PRECIO DEL AMOR

Félix Luis Viera

Cuentos, 1990

“Solo en la noche”

a Ernesto García Alzóla

Entonces se me ocurrió pedir un helado, Ella estaba en una mesa contigua casi. En el pequeño restaurante —de baja categoría— las mesas eran pequeñas y entre una y otra apenas quedaba espacio para el cruce de una persona. Pero la camarera no entendió mi inglés de preuniversitario: «Ice-creams, Ice-creams, please.» A ella yo, mientras comía la carne —cargada de una grasa rojísima, gruesa, fuerte al paladar- le iba mirando de ojeada en ojeada la base del cuello, el cabello rubio, opaco sin llegar a descolorido, robusto y corriente y húmedo y desorganizado hasta los omóplatos. Era una ventosa noche de Erfurt a unos cuantos grados sobre cero y busqué este lugar que, consumiendo totalmente una calle lateral al hotel Kosmos, luego de sortear dos o tres vericuetos que se abrían al final de esta y tomar el preciso, que moría en una plaza pequeñísima, estaba mínimamente clavado en una esquina y que sólo alguien de mirada escrutadora podría hallar tras su señal mínima, como apenada, en una puerta que parecía una puerta cualquiera. La camarera se volvió hacia los dos que

estaban en mi mesa, pero tampoco sabían decirle qué quería yo.

Como es habitual, hice señas, más o menos imité una cucharita, la copa donde se sirve un helado, el gesto de llevarlo a la boca y sentirlo frío. Pero nada. Ella se volvió. Yo repetía, un poco desencajado ya, *Ice-creams, please, ice creams...*, apoyándome en gestos parecidos a la súplica. Hacía quizás 30 días que no probaba un helado y el excitante condimento de esta comida me lo recordaba insistentemente. Me fui consolando a no tenerlo. Me incliné hacia la copa de cerveza, la última, casi llena aún, y bebí dos o tres sorbos, derrotado, mientras mis dos co-comensales y la camarera me decían *qué pena* con un gesto. Era una fría noche de Erfurt, como todas las 10 ó 12 que llevaba allí; a ella le miraba la base del cuello, le escuchaba su voz que se iba por encima de los tres —dos muchachas y un hombre— sentados a su mesa; su voz cantaba, pero con una música fuerte que, naturalmente, era para mí sonidos que no comprendía. Hacía un rato, mientras comía, su voz, su base del cuello, sus cabellos, su manera de gesticular, su sonrisa que le veía a medias cuando se volvía hacia uno de sus acompañantes, los fui vinculando con mi soledad, con mi soledad de montaña en esos 10 ó 12 días fríos llenos de viento y gris de Erfurt. Ella se volvió y me preguntó: «Do you want ice-creams?» Y como si hubiera respondido a la pregunta que me salvara de la pena de muerte, casi grité: «Yes.» LLamó a la camarera y se lo pidió. Esta se marchó hacia el fondo. Yo había visto el mar. Era el mar —o dos mares redondos más bien— lo que vi cuando se volvió para hablarme. Comprendí que su inglés era deficiente como el mío. Le dije el *thank you*, le dije que cómo era posible me hubiera escuchado «I have a sensitive ear», dijo tocándose una oreja. No había dudas que era el mar, el mar de agosto en Cuba, en una tarde

de sol rotundo. Se acercó —sólo necesitó un paso— y me explicó que en estos casos era mejor dibujar en un papel lo que uno quería, de esa forma, dijo, ya hace rato estuviera tomándome el helado. Sin más le hablé, como pude, de mi soledad, de la terrible soledad tarde por tarde, del frío, del viento, me entendió como pudo, aun tuve la impresión que me entendió más de lo que podía en ese idioma tan distante para los dos. Comprendí que ya debía sentarse con los suyos, pero comprendí que hablaba conmigo entrecortada y atropelladamente, y yo estaba solo, o lo estaría cuando ella volviera a su asiento, y esto lo creí mortal y continué hablando, le dije mi hotel, mi habitación, le hablé de mi país, le dije que en mi paso por esa ciudad sólo contaba con intérprete en las mañanas, cuando cumplía los asuntos que me llevaron allí, *qué pena* decía en inglés y le insinuó su mesa con una mirada que debió salirme por toda la cara, pero no quiso ver mi mirada. Los otros la llamaron, por el gesto supuse que dijo *ya voy*. Llegó la camarera, no había helados, se habían terminado ahorita, me lo dijo por medio de ella quien me explicó que helados allí se vendían poco, a casi nadie le interesaban. Los dos de mi mesa se fueron. Los de la de ella pagaban. Entonces, con una sonrisa que convirtió a aquel restaurante en el más flamante del mundo, me dijo: «good-by» y, ya alcanzándose el abrigo: «good luck in my city, friend». Le respondí con una sonrisa que debió ser la sonrisa que mejor ha caracterizado a la pena. Era otra vez un hombre solo. Dejé de serlo en esos minutos en que me comuniqué con ella. Frente a mí tenía una copa mediada de cerveza. Descorrí la cortina, los vi atravesar la plazoleta en penumbras y perderse en la noche. Terminé la copa. Pagué.

Iba por la calle —totalmente desolada— que desemboca en el costado del hotel; pensaba en ella. El frío quizás se agudizaría porque cierta brizna comenzó a

brillar alrededor de las farolas, graneadas, que en muy poco rebajaban la compacta oscuridad. Me detuve en un puente estrecho, por el que ya había transitado otras veces, sobre un río estrecho que ahora solo era un ruido centuplicado por el silencio. Continué caminando y pensando que ahora ella y los otros estarían en un lugar que ya habían prefijado, haciendo algo, verdaderamente algo, acompañados no sólo entre sí, entre sus lenguas iguales, sino entre sus objetos, su ciudad, su cultura, su mundo; llevando a cabo una conversación con lógica, con principio y fin, con antecedentes y sucesión en algún lugar de Erfurt. Y entonces pensé que debí pedirle ir con ellos o que se quedara conmigo, no hubiera sido el colmo después de decirle todo lo que le dije de una manera intempestiva y en un idioma que no dominaba.

Y cuando veía el anuncio del hotel —vertical, lumínicamente intenso casi de arriba abajo del edificio— pensé en el día siguiente. De nuevo la sesión de la mañana; las discusiones de los proyectos; Ilona traduciendo con su hablar y expresión exactamente técnicos; y la tarde libre; las tardes libres de Erfurt que al principio me parecieron la mejor fruta y ahora eran el cansancio, el hastío, no sólo por el viento y el frío, sino, sobre todo, porque llevaba dos meses fuera de mi país y estos eran muchos para mi temperamento. Es decir, mañana, una tarde y una noche, como hoy, solo; en una de las ciudades más hermosas que había visto, pero que ya me cansaba, o, quizás, con más certeza, debía estar ella cansada de una presencia agotada y neurótica. Y, esta noche, otra en una habitación en la que ya no resistía estar solo; una habitación desde cuyos ventanales se veía allá abajo el conjunto armónico y antiquísimo de la ciudad. Sí, Erfurt era una de las más bellas ciudades que había visitado en este viaje, pero me había recibido con demasiado viento, demasiada noche, demasiada soledad; o tal vez nada era demasiado, no

había encontrado allí el hastío sino el hastío a mí y por eso ya no hallaba punto adonde ir que me importase.

Entré al vestíbulo y enseguida el alivio de la temperatura y la sequedad. Busqué la llave en la carpeta. Tomé el ascensor. Marqué mi piso. Subí pensando que esta era la variante más cruda de la soledad: un lugar donde no tienes la esperanza que nadie te llame, donde no tienes la posibilidad de llamar a nadie; no otra.

Salí al pasillo y enrumbé hacia mi habitación. Me desvestí y vestí para dormir lo más rápido que pude, sentía frío no obstante la calefacción. Fui al baño. Oriné. Me miré al espejo. Decidí tomar una de las tabletas que siempre llevo para casos extremos, pues convine que esta noche no me sería fácil dormir. Esperando el sueño fui a la ventana, descorrí la cortina de encaje blanco. Erfurt dormía. La brizna persistía y era posible ver cierto brillo sombrío en sus techos seculares y, como emplazando la oscuridad, la niebla casi, allá en las torres de la catedral, inmensas, permanecían oscuramente visibles. Fui a la cama. Me empaqueté en la frazada y fijé el reloj para las siete de la mañana. El sueño me iba cercando. Concluí que esta era mi noche de más soledad en Erfurt; aun pensé que la de más soledad en toda mi vida. Hojeé una novela que adelantaba lentamente desde unos días atrás y, al fin, el sueño me derrumbó. Cuando escuché los golpes retiré el libro del pecho, donde había quedado al dormirme. No sabía dónde los golpes, Se repitieron y, no había dudas, eran llamadas a la puerta. Miré el reloj y comprobé que ni siquiera llevaba quince minutos dormido. Las llamadas, ahora más bajas, volvieron a repetirse. Advertí en español: «un momento». Y sin preguntar quién era, qué quería, a quién buscaba, abrí.

—Good evening, my friend. I bring ice-creams for you. May I come in? *—dijo.

Era ella. Traía un recipiente parecido a un termo. Estaba frente a mí. Era su sonrisa, la música fuerte de su voz, eran sus ojos, sus increíbles ojos azules como el mar de agosto en una tarde soleada de Cuba.

Febrero de 1984.

* Buenas noches, amigo. Traigo helados para ti. ¿Puedo pasar?